

GERTRUDIS, mujer de Stauffacher.
 EDUVIGIS, mujer de Tell, hija de Furst.
 BERTHA DE BRUNECK, heredera rica.
 ERMENGARDA,
 MATHILDE, } Labradoras.
 ISABEL, é
 ILDEGARDA. }
 GUALTERIO, y } Hijos de Tell.
 GUILLERMO. }
 FRIESHARDO, y } Soldados.
 LEUTHOLDO. }
 RUDOLFO DE HARRAS, escudero de Gessler.
 JUAN EL PARRICIDA, Duque de Suabia.
 STUSSI, guarda de campo.
El que toca la trompa de Uri.
Un Mensajero del Imperio.
Un Oficial, encargado de las quintas.
Un Maestro picapedrero, oficiales y peones.
Un pregonero.
Religiosos.
Jinetes de Gessler y Landenberg.
Hombres y mujeres de los cantones.

ACTO PRIMERO.

ESCENA PRIMERA.

Montañas escarpadas del lago de los Cuatro Cantones, enfrente de Schwitz.

El lago forma una ensenada, tierra adentro, viéndose una choza, no lejos de la orilla. Un jovenzuelo, pescador, boga en su barca por el lago. Más allá de éste, aparecen verdes prados, aldeas y granjas de Schwitz, alumbrados por los claros rayos del sol. A la izquierda del espectador, los picos de las montañas, envueltos en nubes, y á la derecha, en el fondo, los montes de hielo. Antes de descorrerse el telón, se oye el *ranz de las vacas*, y el armonioso sonido de las esquilas de los ganados, que continúa largo tiempo durante la escena.

EL PESCADOR. (Que canta en la barca; melodía del ranz de las vacas.)—Risueño está el lago, é invita á bañarse. El niño dormía en su verde orilla; oyó grato són, dulce como el de la flauta, como la voz de los ángeles en el Paraíso. Cuando despertó, lleno de placer celestial, las ondas besaron su pecho, y, desde lo profundo, le dijeron: «Tú eres mío, querido niño; te sorprendo dormido, y ya nunca me dejarás.»

EL PASTOR. (Desde la montaña; variación sobre el ranz de las vacas.)—¡Adiós, prados! ¡Adiós, pastos, iluminados por el sol! El ganado os deja, porque pasó ya el verano. Caminemos por la sierra, y volveremos cuando el cuco nos llame, cuando los cantos resuenen, y la tierra se vista de flores y corran los arroyuelos en el deleitoso mayo. ¡Adiós, prados! ¡Adiós, pastos! El ganado os deja, porque pasó ya el verano.

EL CAZADOR. (Que aparece enfrente, en lo alto de los peñascos; segunda variación.)—Truena en las alturas, y se estremece la tierra; pero al cazador no intimida el sendero, que da vértigos, y audaz se adelanta por las heladas llanuras, en donde no se ostenta la primavera ni reverdecen las ramas. Sus plantas huellan las nubes, y ya está lejos de las ciudades de los hombres. El mundo se le presenta, cuando se rasgan las nubes, y allá abajo, entre las aguas, los campos de brillante verde. (Cambia el paisaje; oye un ruido sordo en las montañas, y las nubes se extienden. Ruodi, el pescador, sale de la choza: Werni, el cazador, baja de los peñascos; Kuoni, el pastor, se presenta trayendo acuestas un cántaro de leche, y Seppi, su criado, le sigue.)

RUODI.—Apresúrate, Jenni; arrastra la barca á la orilla. La negra tempestad se acerca; las nubes envuelven la cima del peñasco; el pico de Asithene se oculta bajo espeso velo, y viento glacial sopla de la caverna. La borrasca estallarà, según pienso, cuando menos lo esperamos.

KUONI.—Ya llueve, barquero. Mis ovejas brotan la hierba con avidéz, y los mastines escarban la tierra.

WERNI.—Los peces saltan, y la polla de agua se zambulle. La tempestad se viene encima.

KUONI. (A su criado.)—Cuida, Seppi, que no se extravíe el ganado.

SEPPI.—Sólo por la esquila conozco yo á Lisel, la parda.

KUONI.—Entonces ninguna nos falta, porque esa es siempre la última.

RUODI.—¡Bien suenan vuestras esquilas, pastor!

WERNI.—Y un ganado lucido... ¿Es vuestro, amigo?

KUONI.—No soy tan rico... Pertenece á mi señor, el Barón de Attinghausen, por cuya orden lo apaciento.

RUODI.—¡Qué bien cae el collar á esta vaca!

KUONI.—Sabe ella también que sirve de guión, y, si se lo quitase, ni aun comer querría.

RUODI.—No discurrís con acierto... ¡Un animal irracional!...

WERNI.—Eso es hablar con ligereza. Los animales tienen su razón, y nosotros, los cazadores de gamuzas, lo sabemos. Ponen una de centinela, cuando pastan, la cual aguja el oído, y avisa silbando, si siente algún cazador.

RUODI. (Al pastor.)—¿Os recogéis ya?

KUONI.—Los pastos se han agotado.

WERNI.—¡Dios os guíe, vaquero!

KUONI.—Tal es mi deseo también, porque no siempre se vuelve de vuestras excursiones.

RUODI.—Allí viene un hombre corriendo.

WERNI.—Lo conozco; es Baumgarten de Alzelle. (Llega Conrado Baumgarten, sin aliento.)

BAUMGARTEN.—¡Vuestra barca por Dios, barquero!

RUODI.—¡Veamos, veamos! ¿Qué ocurre?

BAUMGARTEN.—¡Soltadla! ¡Me libraréis de la muerte! ¡Pásadme!

KUONI.—Paisano, ¿qué tenéis?

WERNI.—¿Quién os persigue?

BAUMGARTEN. (Al pescador.)—¡Pronto, pronto! ¡Ya llegan! Los jinetes del Gobernador vienen tras de mí. ¡Muero, si me atrapan!

RUODI.—¿Y cuál es el motivo?

BAUMGARTEN.—Salvadme primero, y luego hablaremos.

WERNI.—Estáis manchado de sangre. ¿Qué os ha sucedido?

BAUMGARTEN.—El bailío del Emperador, que reside en Rossberg...

KUONI.—¡Wolfenschiessen! ¿Y ése es el que os persigue?

BAUMGARTEN.—Ya á nadie ofenderá. Lo he matado.

TODOS. (Retrocediendo.)—¡Dios os ampare! ¿Qué habéis hecho?

BAUMGARTEN.—Lo que, en mi lugar, cualquiera hombre libre. He usado de un derecho legítimo contra quien atentó á mi honor y al de mi esposa.

KUONI.—¿El bailío? ¿Os ha deshonrado acaso?

BAUMGARTEN.—Dios y mi buena hacha se han opuesto á que logre la realización de sus deseos criminales.

WERNI.—¿Le habéis partido la cabeza con vuestra hacha?

KUONI.—¡Oh! Contádnoslo todo; tiempo tenéis antes que la barca esté pronta.

BAUMGARTEN.—Cortaba yo leña en el monte, cuando llegó mi esposa corriendo, llena de mortal angustia: «El bailío, dice, está en nuestra casa; ha dispuesto que se le prepare un baño; y al revelar con obras sus propósitos deshonrados, me ha obligado á escaparme y buscarte.» Voy allá en seguida, como me encontraba, y lo he santiguado en el baño con mi hacha.

WERNI.—¡Bien hecho! Nadie podrá censuraros.

KUONI.—¡Miserable! Ha obtenido su justo premio. Debíasele tiempo ha el pueblo de Unterwalden.

BAUMGARTEN.—Se ha hecho público. Me persiguen... Mientras hablamos aquí... ¡Dios mío!... el tiempo pasa... (Oyese un trueno.)

KUONI.—¡Pronto, barquero!... ¡salva á este hombre honrado!

RUODI.—No os vayáis. Una tempestad horrorosa se prepara. Esperad.

BAUMGARTEN.—¡Santo Dios! No puedo esperar. Cualquiera dilación es funesta.

KUONI. (Al pescador.)—Es preciso ayudar al prójimo. Todos estamos expuestos á igual riesgo. (Oyense de nuevo los truenos.)

RUODI.—El huracán se desata. Mirad cómo se levantan las olas. No me es posible luchar contra la borrasca, y contra las aguas alborotadas del lago.

BAUMGARTEN. (Abrazando sus rodillas.)—¡Que Dios os ayude si os apiadáis de mí!...

WERNI.—Es cuestión de vida ó muerte. Sé compasivo, barquero.

KUONI.—Es un padre de familia, con mujer é hijos. (Truenos repetidos.)

RUODI.—¿Cómo? Yo tengo también una vida que perder, y en mi casa mujer é hijos, como él... ¿No veis cómo se desencadenan la tempestad, los bramidos del viento, y el oleaje, que se levanta del fondo?... De buen grado salvaría á este buen hombre; pero es imposible de todo punto, como observáis.

BAUMGARTEN. (Todavía de rodillas.)—¡Así, he de caer en manos de mi enemigo, y teniendo á la vista la orilla salvadora! Allí está; mis ojos la ven; mi voz llega hasta allá; cerca la barca que puede llevarme, y, sin embargo, ¿he de quedarme aquí sin socorro ni esperanza?

KUONI.—¡Mirad quién viene ahí!

WERNI.—Es Tell de Burglen. (Tell, con su ballesta.)

TELL.—¿Quién es este hombre, que pide socorro?

KUONI.—Uno de Allzellen, que, por defender su honra, ha matado á Wolfenschiessen, el bailío real, que reside en Rossberg... Los jinetes del Gobernador lo persiguen. Ruega al barquero que lo pase, y el barquero no quiere, por miedo á la borrasca.

RUODI.—Pero ese es Tell, que maneja también el remo, y dirá si el pasaje es posible.

TELL.—Cuando es preciso, oh barquero, hay que aventurarse á todo. (Mayores truenos y oleadas.)

RUODI.—Esto sería lanzarme yo mismo en los infiernos. Ningún hombre sensato lo haría.

TELL.—El valiente no piensa en sí, sino en último extremo. Se confía en Dios, y se salva al oprimido.

RUODI.—Desde puerto seguro se dan buenos consejos. Aquí está la barca, y ahí el lago! ¡Probad!

TELL.—El lago sentirá acaso lástima, el Gobernador no. ¡Tienta el vado, barquero!

EL PASTOR y EL CAZADOR.—¡Sálvalo! ¡Sálvalo! ¡Sálvalo!

RUODI.—Aunque fuese mi hermano y mi hijo más querido, no lo haría. Hoy es San Simón y San Judas, y el lago se enfurece, y exige su víctima.

TELL.—Tanto hablar es inútil ahora. El tiempo urge, y menester es darsocorro á ese hombre. Dí, barquero, ¿quieres pasarlo?

RUODI.—¡No, no, yo no!

TELL.—En nombre, pues, de Dios. ¡Déjame la barca! Ensayaremos con mis débiles fuerzas.

KUONI.—¡Ah, valiente Tell!

WERNI.—¡Rasgo digno de un cazador!

BAUMGARTEN.—Sed mi buen ángel y mi libertador.

TELL.—De buen grado os libraré del Gobernador, y otro os protegerá de los embates de la tempestad. Vale más, no obstante, que os fiéis de Dios, que de los hombres. (Al Pastor.) Buen amigo, consolad á mi mujer, si algo me ocurre. Hago lo que debo. (Salta en la barca.)

KUONI. (Al Pescador.)—Sois un piloto maestro. ¿No os habéis atrevido á hacer lo que Tell?

RUODI.—Hombres, que valen más que yo, no osarían imitarlo. No hay otro como él en estas montañas.

WERNI. (Que se sube en un peñasco.)—¡Ya boga! ¡Dios te guíe,

valiente barquero! ¡Mirad cómo se balancea la barca sobre las olas!

KUONI. (Desde la orilla.)—¡El oleaje se la traga!... ¡Ya no la veo! ¡Poco á poco, que de nuevo aparece! ¡Con qué vigor lucha con la tempestad!

SEPPI.—Los jinetes del Gobernador llegan corriendo.

KUONI.—¡Ellos son, Dios mio! Tiempo era de socorrerlo! (Llega un escuadrón de jinetes de Landenberg.)

PRIMER JINETE.—¡Entregad al asesino á quien ocultáis!

SEGUNDO JINETE.—Acaba de llegar, y es inútil que lo encubrais.

KUONI y RUODI.—¿De quién habláis, caballero?

PRIMER JINETE. (Observando la barca.)—¡Ah! ¿qué veo? ¡Diablo!

WERNI. (Desde arriba.)—¿Buscáis al que va en la barca?... ¡Galopad, pues! Si ahora mismo os ponéis en camino, lo atraparéis acaso.

SEGUNDO JINETE.—¡Maldición! Se nos ha escapado.

PRIMER JINETE. (Al Pastor y al Pescador.)—Vosotros le habéis socorrido, y lo pagaréis... ¡Cebémonos en el ganado! ¡Arranquemos las chozas, quemémoslas, y matémoslos!

SEPPI. (Huyendo.)—¡Oh corderos míos!

KUONI. (Siguiéndole.)—¡Ay de mí! ¡Mi pobre ganado!

WERNI.—¡Bandidos!

KUONI. (Retorciéndose los brazos.)—¡Justo cielo! ¿Cuándo aparecerá un salvador de este país? (Vase también.)

ESCENA II.

En Stein, en Schwitz, se ve un tilo ante la casa de Stauffacher, en la carretera, cerca del puente.

WERNER, STAUFFACHER y PFEIFFER DE LUCERNA, llegan hablando.

PFEIFFER.—Sí, sí, Sr. Stauffacher, como os lo digo; no juréis en favor de Austria, si podéis excusaros. Persistid con valor en vuestra fidelidad al Imperio, y Dios protegerá vuestra antigua libertad. (Estréchale cordialmente la mano, y hace ademán de despedirse.)

STAUFFACHER.—Quedaos aquí, hasta que venga mi esposa. Sois mi huésped en Schwitz, y yo el vuestro en Lucerna.

PFEIFFER.—¡Mil gracias! Hoy mismo he de ir á Gersau... Por mucho que hayáis de sufrir de la avaricia y de la insolencia de vuestros gobernadores, ¡tened paciencia! Todo esto puede cambiar en un instante, y subir al trono otro Emperador. Pero si llegáis á pertenecer á Austria, es para siempre. (Vase. Stauffacher se sienta pensativo en un banco, bajo el tilo. Así lo encuentra Gertrudis, su mujer, que se pone á su lado, y lo contempla callada largo rato.)

GERTRUDIS.—¿Tan serio, esposo mío? No te conozco. Muchos días ha que noto en silencio la profunda melancolía que te consume. Si te aflige grave pena, confíamela. Soy tu fiel esposa, y pido mi participación en tu amargura. (Stauffacher le da la mano, y permanece mudo.) ¿Qué te entristece? Dímelo. Bendito ha sido tu trabajo; tu fortuna florece; tus graneros están llenos; tus caballos gordos y relucientes, y tus bueyes numerosos han vuelto con felicidad

de las montañas, á pasar el invierno en establos más abrigados... Tu casa, rica como la de un noble, te alberga, y la adornan bellos y nuevos artonados, simétrica y artísticamente dispuestos. Sus muchas ventanas le dan luz sobrada, y escudos no escasos de varios colores, y sus divisas discretas, que lee el viajero, deteniéndose admirado aumentan su riqueza y ornato.

STAUFFACHER.—Cómuda y bella es, sin duda, esta casa; pero ¡ay de mí! tiembla el suelo que la sostiene.

GERTRUDIS.—Di, Werner mío, ¿qué quieres decir con esas palabras?

STAUFFACHER.—Sentado estaba yo delante de este tilo poco hace, recreándome pensativo y alegre en mi obra terminada, cuando el Gobernador llegó aquí de Küssnacht, su castillo, acompañado de sus soldados de á caballo. Paróse sorprendido ante esta casa. Yo me levanté en seguida, y, como debía, salí humilde á su encuentro, siendo él quien representa en este país al Emperador. «¿De quién es esta casa?» preguntó con perfidia, porque lo sabía perfectamente. Lo reflexioné un instante, y le repliqué: «Esta casa, Sr. Gobernador, es de mi señor el Emperador, de quien la tengo en feudo, y además vuestra.» Entonces me contestó: «Yo soy el Gobernador de esta región en nombre del Emperador, y no consiento que los labradores construyan casas á su albedrío, y vivan libres, como si fuesen los dueños de la tierra. Ya veremos cómo se remedia esto.» Después de hablar así, se alejó de aquí ceñudo, dejándome afligido, y revolviendo en mi mente la amenaza de ese malvado.

GERTRUDIS.—Mi querido esposo y dueño: ¿te dignas escuchar un consejo leal de tu esposa? Me envanezcó de ser la hija del noble Iberg, hombre de mucha experiencia. Sentábame yo con mis hermanas, hilando lana, en las largas noches de invierno, cuando los principales del pueblo se reunían en casa de mi padre para leer las leyes de los

antiguos emperadores, y reflexionar maduramente en los medios de labrar la dicha de la patria. Escuchaba yo atenta sus palabras sensatas, prudentes y patrióticas, y las guardaba con cuidado en mi memoria. Oyeme, pues, y atiéndeme. Mucho tiempo ha que sé lo que te atormenta... El Gobernador es tu enemigo, y desea perjudicarte, porque tú eres un obstáculo á su ansia de someter á los suizos á la nueva dinastía, y vosotros continuáis fieles y leales al Imperio, á ejemplo de vuestros dignos antepasados... ¿No es así, Werner? Dime si miento.

STAUFFACHER.—Así es. Tal es el motivo del odio de Gessler contra mí.

GERTRUDIS.—Te envidia, porque tú vives feliz, porque eres un hombre libre en tu propio patrimonio... Él nada tiene. En feudo posees tú esta casa del mismo Emperador y del Imperio, y puedes probarlo, como el mismo Príncipe del Imperio puede probar la posesión de sus territorios. Tú no conoces otro señor superior á tí mas que el Soberano de toda la cristiandad... Él sólo es el segundón de su familia, y su único bien su capa de caballero, y he aquí la razón de mirar la dicha del hombre honrado con malos ojos y corazón ponzoñoso. Largo tiempo hace que ha jurado tu pérdida... Te has librado hasta aquí... ¿Te propones esperar hasta que realice en daño tuyo su alevo intento? El hombre previsor se precave del peligro.

STAUFFACHER.—¿Y qué hacer?

GERTRUDIS. (Acercándose á él.)—Oye mi consejo. Ya sabes que todos los buenos de Schwitz se quejan de la crueldad y de la codicia de este Gobernador. No dudes, pues, que del lado allá, en Unterwalden y en Uri, están hartos igualmente de la opresión de tan pesado yugo... Como Gessler aquí, tan insolentemente se porta allí Landenberg... Ninguna barca llega de allá, que no nos anuncie alguna injuria, alguna violencia del Gobernador. Convendría, por lo tanto,

que algunos de vosotros, de los que piensan con decoro, aconsejándose, escogitasen los medios de librarse de esta tiranía. Espero que Dios no os abandonará, y que, al contrario, se mostrará propicio á vuestra justa demanda... ¿No tienes ningún huésped amigo en Uri, á quien puedas manifestar tus dignos sentimientos?

STAUFFACHER.—Muchos valientes conozco allí, y grandes y respetables vasallos, discretos, y que me inspiran completa confianza. (Levántase.) ¡Qué tropel de ideas peligrosas, oh mujer, despiertas tú en mi tranquilo pecho! Muéstrame á la luz lo más recóndito de mi alma, y aquello mismo que no osaba imaginar, lo expresas tú con tu lengua ligera... ¿Has reflexionado bien en lo que me aconsejas? Contiendas terribles, y el fragor de las armas, evocas tú en este sosegado valle... ¿Nos aventuraremos nosotros, pobre pueblo de pastores, á luchar con el señor del mundo? Aguardan sólo un pretexto para lanzar contra esta mísera región las salvajes hordas de sus soldados, y abusar de los derechos de la victoria, y aparentando castigarnos con justicia, arrebatar nos nuestras antiguas franquicias.

GERTRUDIS.—Vosotros sois también hombres; sabéis manejar el hacha, y Dios ayuda á los valientes.

STAUFFACHER.—¡Oh mujer! Tremendo azote es la guerra. A sus manos fenecen ganados y pastores.

GERTRUDIS.—Se sufren con paciencia las plagas que Dios envía; pero ningún noble pecho tolera la injusticia.

STAUFFACHER.—Regocíjate esta casa, que hemos edificado recientemente. La guerra cruel la abrasará.

GERTRUDIS.—Si yo supiera que mi corazón estaba encadenado á ese bien transitorio, lo arrojaría al fuego con mi propia mano.

STAUFFACHER.—¿Tú crees en la humanidad! La guerra no perdona ni al tierno niño en la cuna.

GERTRUDIS.—¡La inocencia tiene un amigo en el cielo!
¡Mira delante, Werner, no hacia atrás!

STAUFFACHER.—Nosotros los hombres podemos morir peleando con valor; pero ¿cuál será vuestra suerte?

GERTRUDIS.—Queda un medio de salvación para los débiles: un salto desde ese puente me devuelve mi libertad.

STAUFFACHER. (Echándose en sus brazos.)— Quien oprime contra su pecho otro tan noble, puede combatir con alegría por sus hogares, y no teme á los ejércitos de ningún monarca... Voy á Uri sin retardo; allí vive un huésped amigo, el Sr. Gualterio Fürst, que piensa sobre estos asuntos como yo. Allí está también el noble Attinghausen, señor de bandera... que, si bien de esclarecida estirpe, ama al pueblo y reverencia las antiguas costumbres. Con los dos me aconsejaré acerca de los medios más eficaces para defendernos valerosamente de los enemigos de nuestro país... Adiós... y, mientras estoy ausente, cuida con prudencia de nuestra casa... Sé pródiga con el peregrino, que se encamina á visitar el templo del Señor, y con el piadoso monje, que pide limosna para su convento. ¡Que se vayan satisfechos! A nadie se cierra la casa de Stauffacher. Está en lo más alto de la carretera, visible, y su techo hospitalario abierto á cuantos caminantes pasen por ella. (Mientras se aleja por el fondo, preséntanse Guillermo Tell y Baumgarten.)

TELL. (Á Baumgarten.)—Ya no me necesitáis para nada. Entrad en esa casa, en donde vive Stauffacher, padre de los oprimidos... Pero vedlo ahí... ¡Seguidme; venid! (Acércanse á él, y cambia la decoración.)

ESCENA III.

La plaza pública de Aaldori.

En una altura, en el fondo, se edifica una fortaleza, ya tan adelantada, que se observa la forma de toda ella. La parte posterior está terminada, y se trabaja en la anterior, notándose los andamios, en donde suben y bajan los jornaleros. En lo más elevado hay un trabajador en pizarra. Reina grande actividad y movimiento.

Un OFICIAL, inspector de los servicios, un MAESTRO PICAPEDRERO, OFICIALES y PEONES.

EL OFICIAL. (Excitando á los trabajadores con un palo.)—¡Ea, á trabajar, y dejaros ya de huelga! Traed piedras, cal y mortero. Que cuando venga el Sr. Gobernador vea la obra adelantada... Os arrastráis como los caracoles. (A dos jornaleros, que vienen cargados.) ¿Es eso una carga? ¡Pronto! ¡El doble! ¿Y dirán estos flojos que no roban?

PRIMER JORNALERO.—Triste es, sin embargo, que nosotros mismos hayamos de traer las piedras para labrar nuestra propia cárcel.

EL OFICIAL.—¿Qué murmura ése? Esta gente es perversa, y no saben otra cosa que ordeñar vacas, y rodar por las montañas.

UN ANCIANO. (Sentándose.)—¡Ya no puedo más!

EL OFICIAL. (Pegándole.)—¡Arriba, viejo, á trabajar!

PRIMER JORNALERO.—¿No tenéis, pues, entrañas, forzando á tan penosa faena á un anciano, que apenas se puede arrastrar?

EL MAESTRO PICAPEDRERO Y LOS OFICIALES. — ¡Eso clama al cielo!